

EL HOMBRE QUE SE VIO NACER

POZUELO

Laleyenda del hombre que ve pasar su propio entierro es tan abundante y tan insistente que hay que pensar que algo tiene de cierta. Le sucedió a un mozo de Salamanca —el estudiante endiablado / Don Félix de Montemar—; a Don Juan Tenorio —los salmos penitenciales, / que están cantando por ti—; a Don Juan de Mañara... Algo tiene que haber. «Nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti», decía el poeta del XVII John Donne, y de ese verso obtuvo Hemingway el título de su novela de la guerra civil española «Por quién doblan las campanas». Todavía se puede escuchar, si se guarda un poco de silencio, el tañido de las campanas doblando por los muertos de la guerra civil: detrás de una arenga, de un manifiesto, de una concentración...

Lo que le pasó a este personaje que queda aquí evocado fue un poco peor: vio su propio nacimiento.

Fue un día triste de verano. Había hecho una pequeña peregrinación solitaria al pueblo de veraneantes donde nació y al que no había vuelto desde su infancia, desde que sus padres perdieron la casa junto con algunas otras cosas. Buscaba las viejas piedras, por si existían aún, entre las urbanizaciones, los jóvenes motoristas, las parejas de ejecutivos. Un día triste de verano: el atardecer intentaba prolongarse inútilmente, unas nubes cárdenas estaban en el horizonte, un leve viento frío, que bajaba de los neveros de la sierra, movía los álamos. Y los pájaros piaban desesperadamente, viendo llegar la noche. Al entrar por una calle tuvo de pronto esa sensación que los franceses llaman «depaysement»: una extrañeza del tiempo y del lugar. Vio, entre otras parecidas, la casa, su casa, tal como era en las viejas fotografías. Los personajes de la

calle eran también como los del álbum que guardó su madre: sombreros de paja, bastones, corbatas de lazo; y faldas largas, muy largas... Se acercó a la casa. Dentro de ella estaba su padre —¡qué delgado, que joven!— sus abuelos a los que nunca conoció... Estaban preocupados. En el piso alto se oía un ajeteo. Subió las escaleras: nadie le veía, era él quien no existía y los demás sí. Tuvo sensaciones angustiosas: notaba que se quería quedar en el vientre de su madre, pero que algo muy fuerte le impulsaba hacia fuera. Su madre gritó, y él notó la angustia de pasar por algo más estrecho que su propio cuerpo. Se ahogaba, empujaba desesperadamente para salir de allí. Una luz cegadora, un dolor en todo el cuerpo, en su propia cenestesia, total: había nacido. Alguien le golpeaba y él lloraba de horror al encontrarse en un medio extraño y desconocido. Oyó la voz tradicional: «Es un varón, y está bien». Quería gritar que no estaba bien, pero no podía: no sabía hablar. Todo él era una pura sensación de espanto y dolor.

Quedó desdoblado entre el niño al que cortaban el cordón umbilical y él mismo, el visitante invisible. Vio cómo daban la noticia a sus familiares: le extraño que tuvieran tanto júbilo por su nacimiento. Un suceso superfluo en el orden de la naturaleza y, como luego se iría demostrando, de carácter considerablemente negativo para él y probablemente para los demás. No había cesado de dolerle la vida desde entonces; y sabía que había hecho daño incluso a las personas a las que amó. Sobre todo, a las que amó o le amaron. Ya había pasado la edad en que se comprende que se haga lo que se haga, siempre se hace daño.

Alucinados por su infernal y estúpido júbilo, todos los que podían, a partir de las criadas, corrieron por las casas vecinas, y aún las lejanas, para dar la noticia. Pronto la casa se llenó de personas que por lo menos fingían

alborozo, y sobre todo —error de los errores— por el hecho de que se tratase de un varón. Se sacó el champán que se había puesto a enfriar, y una sangría para darle a todo un aire popular. Comían y bebían. El hombre fantasma se preguntaba si su nacimiento no sería sobre todo un pretexto para una reunión social, y si el júbilo no vendría por la posibilidad de comer y beber: otra razón clara no se veía. Su padre —con cuello almidonado, en pleno verano: la sociedad era entonces heroica y sabía estar en su puesto— bajó las escaleras, después de haber estado con el niño y con su madre aún dolorida con un paso triunfal. Como las podía bajar, por entonces, la Mistinguette en el Folies-Bergère. Hubo un aplauso, como si hubiese realizado una gran azaña. Alguien se acercó a él, antes de que bajase los últimos peldaños: le dió una copa de champagne, unos golpes sonoros en la espalda, y le pidió que hablara. «Dios mío —pensó el fantasma— he nacido con un discurso.» Su padre meditó un poco, ante el silencio expectante, y luego habló:

—Señoras, señores... Gracias por su presencia en uno de los días más felices de mi vida... Su júbilo, sus aplausos, sus brindis, sin embargo, no deben ir dirigidos a mí y a mi esposa, sino al varoncito. (Aplausos). ¡Ha nacido un niño! (un grito coreado: ¡Viva el niño!) En estos años difíciles, y en cierto modo tenebrosos, un niño que nace es una esperanza para el porvenir, para un tiempo que será mejor que el nuestro...

Un silencio tenso. No, no había primoriveristas, partidarios de la dictadura, entre los jubilosos: habían sido avisados sólo los buenos. Lo que había era una tensión un poco preocupada, al mismo tiempo que un deseo de escuchar lo que, a continuación, escucharon:

—Estamos viviendo una época de grandes cambios... Tras la negrura de esta noche se ve ya el clarear de un alba nueva... (murmillos de aprobación).



Este niño que acaba de nacer verá una España muy distinta de la que estamos viendo nosotros. ¿Qué estamos viendo? Todavía estamos en el saldo de lo que fue un imperio, en la liquidación de las desastrosas guerras de África. Un puñado de aventureros arcaicos han tratado de secuestrar nuestras libertades...

Alguien miró por las ventanas; otro le recomendó que bajase la voz. El padre hizo signos de que había comprendido; redujo el volumen, pero sin abandonar el énfasis.

-Pero en todo el país hay un clamor de protesta... ¡Eso no puede seguir así! (algunas voces: «No, no»). Yo veo en este niño que acaba de nacer un futuro prometedor y sólido. Volverá a imperar la Constitución, volveremos a elegir a nuestros gobernantes... La ciencia entrará en España; y la industria. Y, señores, con ellas llegará ¡el pensamiento libre! (pausa). No es posible que España siga lejos del concierto europeo. Más allá de nuestras fronteras se piensa, se razona: aquí aún dominan el oscurantismo y las tinieblas... Cuando este niño empiece a ir a la escuela, habrá ya una enseñanza civil que no dejará que su mente infantil se impregne de miedos ni terrores... Vivirá en una patria donde impere la ley y la democracia, una España renacida, fuerte, segura de sí misma. Y me atrevo a profetizar, señores y señoras, que contribuirá notablemente a este nuevo renacimiento que ya se ve venir... ¡Por el niño, por su futuro, por su esperanza!

Copas levantadas, tragos mal bebidos -el champagne nunca ha gustado a nadie: los ritos no gustan-, aplausos otra vez... El padre bajó los últimos peldaños. Golpes en la espalda, manos apretadas, sonrisas. Por el

niño. Por su discurso, por su profecía. Horrible profecía, pensó el fantasma. Amaba y respetaba todavía a su padre; detestaba verle hacer el ridículo. Pero nadie se daba cuenta. El ridículo les envolvía a todos, con la ventaja de que no lo sabían. Se levantaban copas, se pronunciaban brindis:

-¡Por el niño que conocerá la libertad de prensa!

-¡Por que ningún fanatismo le domine!

-¡Por qué no conozca el miedo!

Más champagne; más sangría cuando se acabó el champagne. Más brindis, más profecías:

-¡Porque viva en una España en libertad y en paz!

-¡Por qué ningún sable, ninguna bota, aplaste la conciencia de este niño!

El coro fue discreto. Alguien había ido un poco más allá de lo debido. Y precisamente en ese momento se abrió la puerta y entraba una viejecita con unas cuantas flores, recién cortadas, en la mano. Produjo un silencio glacial.

-¡Malos, malos! No me habían querido ustedes llamar... Pero yo me entero de todo y aquí estoy...

Alguien murmuró: «Dios mío, una primoriverista». El padre se acercó a ella con un vaso de sangría:

-Se nos ha terminado el champagne, pero la sangría es muy buena... Permítame que le ofrezca este vaso en nombre de mi esposa y en el mío...

La dama lo tomó en su mano izquierda, mientras alzaba las florecillas con la derecha.

-Ya saben ustedes que yo nunca bebo... Ni siquiera en estas ocasiones... Pero no quiero dejar de expresar mis deseos en esta ocasión... ¡Por que el niño sea un buen español, un verdadero español!

«Dios, mío, el hada mala», se dijo el fantasma del futuro. La que no fue invitada al bautizo de la Bella Durmiente, la que nunca era invitada a los bautizos de los niños y las niñas de los cuentos felices...

Vio pasar como un relámpago toda su vida. La rígida enseñanza de la mentira, el mundo de la corrupción y el engaño, los

pistoleros, la guerra civil, el exilio, la guerra mundial, otra vez el exilio... El regreso triston y tardío a un país agrio; el desencanto, la democracia mal nacida, el terrorismo, el golpismo... Su vida equivocada, por el mismo y por los otros; por lo imposible.

Salió a la calle. Volvió a tener la misma sensación de antes, sólo que a la inversa: se encontró otra vez en una urbanización moderna... Vio a un viejecillo del pueblo; le preguntó por su calle, por su casa, y oyó la respuesta: hacia años que ya no existían, que se había edificado sobre sus terrenos...

El psiquiatra le recomendó unas pastillas y unos días de descanso. ■